

# MUERTE NATURAL Y OTROS SUICIDIOS

Eduvigis Hernández Cabrera



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.baileelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

*A Treinta y Tres.  
A mis padres, siempre.*

Las historias que componen *Muerte natural y otros suicidios* están basadas en episodios reales, de los cuales he tenido alguna que otra referencia cercana. Lo único cierto es el hecho en sí: los suicidios, consumados o frustrados, existieron o debieron existir. Todo lo demás es pura ficción; es decir, la recreación de las circunstancias, sensaciones y pensamientos que envuelven a los protagonistas es tan sólo cuento, puro cuento.

El tema me atrajo desde siempre, prueba de ello es el arco temporal de estos textos, que abarca dos décadas. Desde 1983 hasta 2003 los suicidas han ocupado mi imaginación, aún no sabría explicar muy bien por qué, a no ser que pensemos en una suerte de «obsesión voluntaria». Lo cierto es que el único asesinato que puede ser aceptado y aun respetado —el que se comete contra uno mismo— siempre nos deja sumidos en el desconcierto y la consternación, y la tentación de hallar «explicaciones razonables» nos asalta casi sin remedio.

No pretendo encontrar ni proponer mediante estas narraciones ninguna hipótesis aceptable, ni hallar respuestas lógicas tipo causa/efecto, a modo de posibles soluciones de un enigma. Los personajes se han ido apoderando de mí (mejor dicho, de la voz que escribe) únicamente para darme un escenario, la atmósfera determinada que les acompañaba en esos momentos. No sé nada más.



*Le habían abandonado. El mundo entero clamaba: Mátate, mátate, mátate por nosotros.*

*Pero ¿a santo de qué iba a matarse por ellos? La comida era agradable; el sol cálido; y el asunto ese de matarse, ¿cómo lo llevaba uno a cabo? ¿Con un cuchillo de mesa, feamente, con sangre y más sangre? ¿Chupando una tubería de gas? (...)*

*Después de esto, ¡qué increíble resultaba la muerte! El que todo hubiera de terminar; y nadie en el mundo entero llegaría a saber lo mucho que le gustaba todo; llegaría a saber cómo en cada instante... (...)*

*El alma debe templarse para soportar. Abrió la hoja grande del cortaplumas.  
(...)*

*Pero aquel joven que se había matado, ¿se lanzó guardando en sí su tesoro?*

Virginia Woolf, *La señora Dalloway*.



*Podría ser, piensa, profundamente consolador; podría ser una acción tan libre: dejarse ir, simplemente. (...) Sería tan fácil, piensa, como registrarse en un hotel. Tan sencillo como eso.*

Michael Cunningham, *Las horas*.

*Todo era muy confuso, aparte de que era verano y hacía calor. La gente joven se suicidaba, o al menos intentaba hacerlo.*

Henning Mankell, *La falsa pista*.



## ÍNDICE

CALMA	15
PRESENCIAS	19
EL UNIFORME	29
A FAVOR DEL VIENTO	35
FALLO TÉCNICO	39
MUÑECA DÉBIL	41
MUERTE NATURAL	45
EL CUADERNO	47
IRONÍAS DE LA VIDA	51
UNA INTELIGENCIA SUPERIOR	57
EN EL ALMACÉN	61
BAJO QUÉ TREN	65
SIN PALABRAS	67



## CALMA

Tenía una mujer que él sabía era hermosa, con ese aire indefinible y cierto de porcelana, ojos negros y grandes, temperamento nervioso y la sonrisa en apariencia fingida pero inevitable. Y tres hijos, dos chicas adolescentes y un niño de corta edad, los tres con algo de la madre y de él, sin duda bellos pero diferentes. Vestía como cualquier otro hombre de negocios pasados los cuarenta, gabardina y sombrero a causa del frío, limpio y oliendo a colonia, porque desde hacía mucho ella se ocupaba de esos detalles, y aunque su naturaleza era más bien desaliñada, no era cuestión de defraudarla. Era tranquilo, de aspecto apacible, mirada clara y cansada, algo grueso, rubio y callado, y al sentarse junto a la ventanilla hizo el gesto maquinal de cruzar las piernas, pero se dio cuenta, a tiempo, de que así iba a estar más incómodo. En esa ocasión no iba mucha gente en el tren y en aquel compartimiento la que había hablado sin elevar la voz, lo que le dio, sin saber exactamente por qué, cierta seguridad interior.

Cuando el paisaje comenzó a circular borroso ante su vista, y el ruido monótono y adormecedor de la máquina se fue estabilizando, trató de concentrarse y pensar, quería hacerlo, pero no hallaba el punto de arranque, la idea primera. Sabía que no carecía de recuerdos memorables, imágenes que valdrían la pena recrear, frases trascendentes; dichas por otros, claro, pues su concepto de sí mismo era el de un hombre de mediana inteligencia. Quizá era más fácil recurrir a los aromas y colores de la infancia, que no estaban tan perdidos ni eran

tan vagos como cabría suponer, porque para él, el campo y el cielo de entonces, la lluvia en la ventana, la luz anaranjada del farol en la cocina, prevalecían por encima de tantas y tantas sensaciones percibidas más tarde. Era mezquino, después de todo, repasar su vida como si por ello fuera a apreciarla mejor, a recuperarla en ese espacio de cuatro horas que duraba el viaje, y por eso, no pudo evitar una inclinación sentimental, dulce y amarga a la vez, hacia lo que le tocaba más de cerca, ese escenario que le aguardaba.

En cada regreso un vago temor le temblaba por dentro, la absurda inquietud de encontrar la casa vacía, de equivocarse de calle o no estar en la ciudad que debiera, y sólo la vista de la conocida estación lo aliviaba de esas suposiciones que él mismo, sonriendo para sí, calificaba de pueriles. Y es que aún no acababa de acostumbrarse a aquel entorno reducido y poco variable de una ciudad de interior, y no lograba componer un cuadro claro de ellos, moviéndose y viviendo allí, porque él compartía escasamente esos momentos, y cuando se iba, de nuevo le sabían a poco. Pero lo había querido así y ella estuvo de acuerdo. No le agradaban las estridencias de la capital, la opacidad de los días, su continuo cansancio; después de todo, estaba cerca, y así el fin de semana o los días de fiesta podía disponer de un aire suave y rostros de gente que no conocía. Eso le parecía importante, poder pasear con su hijo de la mano, sentarse en un rincón en penumbra a escuchar música, hablar bajito por las noches con ella y saber que los vecinos apenas rozaban sus días. Probablemente lo consideraban un ser extraño porque carecían de datos suficientes como para catalogarlo, y aunque mantuvieran cierto contacto con su familia, eso no les bastaría para imaginar siquiera cómo era realmente. A lo mejor tampoco les interesaba, porque para eso ella y los hijos formaban ese inaprensible ambiente que incluso a él, lo reconocía, se le escapaba. Solía contemplarlos en silencio para así apreciarlos mejor, y cada vez le parecía más inverosímil tenerlos, estar allí con ellos, porque se veía como alguien ajeno a ese entorno que se había creado —se daba perfecta cuenta— en su ausencia. Si había cambios éstos

lo desconcertaban, o creía notarlos a destiempo, pero era feliz con todo eso; sin manifestarlo, sentía que así era. Ella no sabía mucho acerca de él, después de dieciocho años, mas se guiaba por el instinto, y él en cambio confiaba en que la conocía demasiado. Nunca se había propuesto otra cosa que un hogar sereno y agradable, y por ese lado estaba satisfecho, lo había conseguido.

Veía que los pensamientos le habían servido de sedante, ya no estaba preocupado, aunque la postura le causaba dolor, no sabía si real o imaginario, y decidió levantarse y pasear por los vagones. Por un instante creyó percibir el olor del río, esa mezcla de eucalipto y tierra fresca que tanto le agradaba, pero aún faltaba un buen trecho. El río, con aquellos reflejos inciertos y su rumor de hojas y piedras, le había atraído desde el principio, desde el día en que vinieron. Al llegar a su altura el tren aminoraba la marcha, como si temiera hundir con su peso el puente viejo de madera por donde circulaban los raíles, y así, despacito, la franja de agua se mostraba casi fantástica, con un cuadro de árboles al fondo. Tal vez ese era el elemento que le dejaba inseguro porque siempre se presentaba diferente, envuelto en pliegues alternos, y era como arribar a un sitio nuevo cada vez.

Se detuvo en el pasillo, junto a una ventana, y volvió a inquietarse porque su reserva, ese obstinado silencio que lo caracterizaba, le había inducido a olvidar que no estaba solo, que su deber era hacerla partícipe de todo lo suyo. Sin embargo esta vez había intuido que era lo correcto, que algo grave se ocultaba tras esos síntomas de cansancio e inapetencia que se habían apoderado de su organismo desde hacía unos meses. Casi desde que se instalaron allí había empezado a adelgazar, y cada vez más, se fatigaba en los cortos paseos que daba por las calles. Como su conducta normal era de completa indolencia para esos asuntos, no decidió ir al médico hasta hace unos días. Y no supo por qué lo hizo, podía haber transcurrido mucho tiempo sin que él ni nadie pudieran atisbar la verdad. Porque aún tenía ante sí muchos más viajes, idas y venidas, conversaciones y silencios, pero le daba miedo, lo admitía plenamente, el posible dolor que se escondía en su pecho, y además...

No tenía derecho a convertirse en una carga para ellos, un molesto agonizante, no podía ni quería quebrar ese universo que no contribuyó a crear, donde apenas latía algo suyo, como no fuera, sí, por qué no, el amor a la música. En una de sus hijas había en parte huellas de él, pero que era eso al fin y al cabo sino un deseo egoísta de perpetuación, y en el fondo, sólo apariencias, porque estaba convencido de no conocerla. Lo peor de todo es que los quería y le costaba olvidarse de eso, pero era necesario, lo presentía desde que lo supo, cortar el paso al sufrimiento, y así, sin avisar, borrarse, perderse, pero... ¿cómo?

Abrió la ventanilla. Corría un aire fresco, había presagio de lluvia, y aunque la tarde caía gris distinguió los contornos de color verde oscuro, recortados contra el cielo, el bosque de eucaliptos. Pensó que haría frío allí, en esa superficie que flotaba casi blanca, como poblada de fantasmas diluidos. Oprimió la gabardina contra el cuerpo. Se mantuvo estático unos segundos, quiso frenar la actividad del cerebro, paralizar el corazón, y con lentitud deslizó la vista hacia abajo, respiró hondo. El avance del tren era jadeante pero más apresurado que de costumbre, o así le pareció.

Tenía una empresa en la capital, y a unos cuatrocientos kilómetros de allí una casa propia en una pequeña ciudad, y una maleta cara de cuero negro, donde reposaba junto a otros muchos un pliego de papel fino de color rosa, con su nombre y un diagnóstico de cáncer de pulmón. Y mientras caía, en el vacío, supo que era razonable y sintió helársele la piel, y no por ello se arrepintió de que el río nuevamente lo fascinara, aunque no tuvo tiempo de darse cuenta de que esta era la última vez.